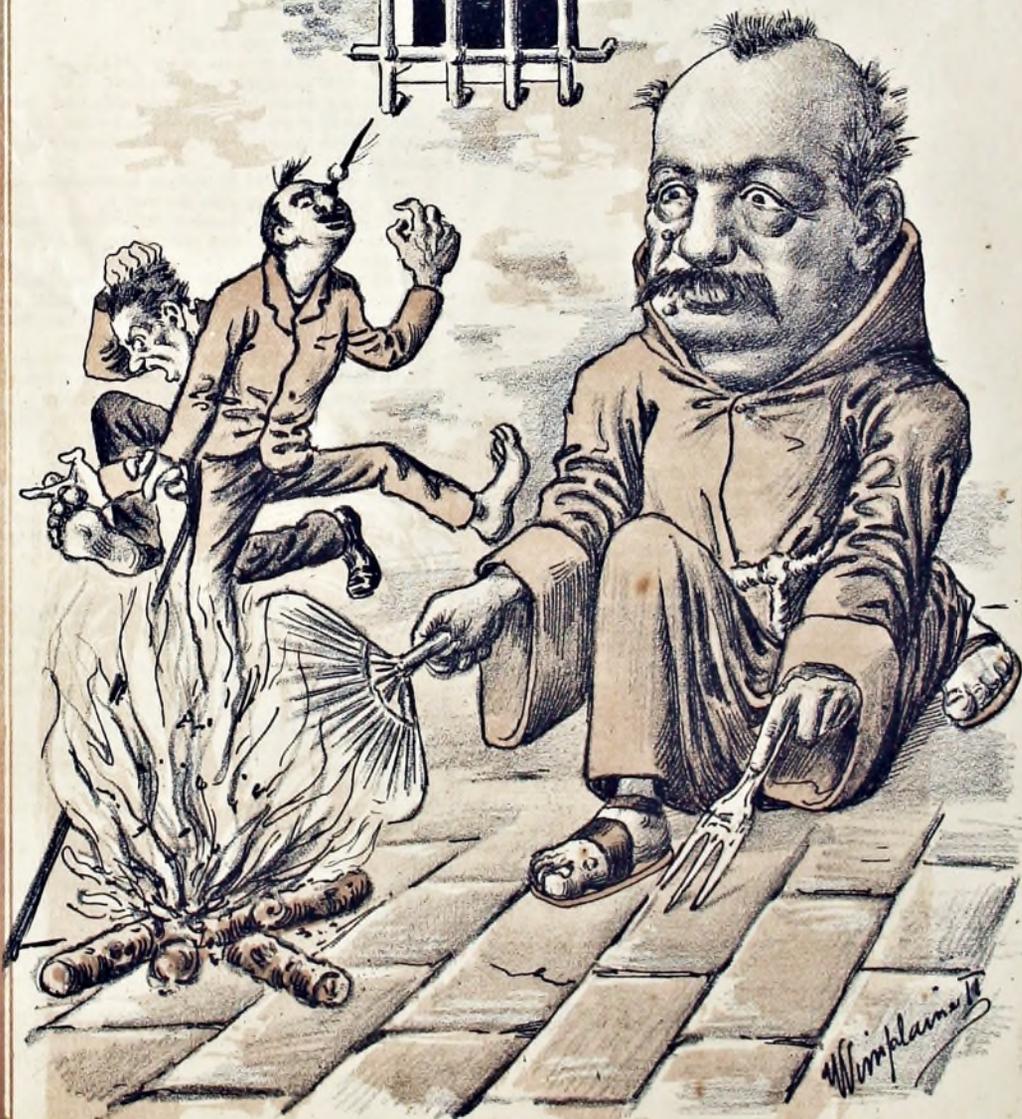
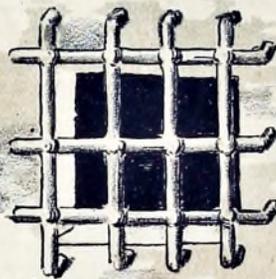




Personajes célebres

DE LA HISTORIA

TORQUEMADA



He aquí ante tí, buen lector, según la fotografía mejor de él hasta hoy en día, la efigie exacta y sombría del famoso Inquisidor.

Y no se hable ante el fraile ese (que adivino la pregunta) de Volpi ni de la Junta ni si éste es ó aquél despunta, porque á nadie se parece!

AÑO III
Nº 119
Junio 7 de 1896

chut

PRECIOS-SUSCRICION
MONTEVIDEO-DEPARTAMENTOS

Un mes	\$ 1.00
Seis meses	" 5.00
Un año	" 9.00

EXTERIOR
Los mismos precios en moneda equiva,
lente con el aumento del franqueo
Número comente. 30 centesimos. - Número atrasado 40 centesimos

EN VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS
SE PUBLICA LOS DOMINGOS
Oficinas: CALLE URUGUAY, 301
MONTEVIDEO.

IMP. Y LIT. LA RAZON, CERRO, 17

SUMARIO

TEXTO—Zig Zag, por Nemo—Los primeros calzones, por S. Perez Mentoto—Para Ellas, por Alina Doré—Epigramas, por Luis López y Ricardo Sepúlveda—Teatros, por Re Bemol—La gracia ajena—El primer hecho de armas, por A. Fons—Retazo por José Rodao—En pretérito perfecto. III. La pelea, por Arturo Giménez Pastor—Correspondencia particular.

GRABADOS—Personajes célebres. Torquemada, por Wimplaine II—Para Ellas. Retrato de la niña de Furest simbolizando «El Telégrafo Marítimo», por A. Giménez—La procesión de *Corpus Montis* por Wimplaine II—Museo cómico de «Caras y Caretas»—Diógenes Héquet—Efecio de una vela en alta mar, y varios intercalados en el texto, por A. Giménez.



Hay que confesarlo; ante manifestaciones tales de la intervención celeste, los cronistas que se quejan por falta de asunto merecen que les saquen ambos colmillos.

Efectivamente; la semana se presentaba tan, tan vacía, que al pensar uno en ella acordábase involuntariamente del meollo de Cabral ó de la cabeza de D. Epifanio Zaballa, sumida en cruel desnudez por la negra ingratitud de los ex-pelos que en ella fueron.

[Nada, nada, nada]

Entonces el cielo compadecido de los cronistas obligados á dar cuenta de lo ocurrido en la semana, se dijo: hay que mandarles algo.

Y nos mandó una granizada.

Con lo cual nos hizo objeto de tan señalado favor, como á aquel que se lo pasaba pidiendo á Dios que le ayudara en trances que muy fieros debían ser en razón de lo afligido que estaba: y Dios empeñado en no hacerle caso.

—Tanto que,—decía—creí que no me iba á hacer ya caso jamás.

—¿Y le hizo á usted caso, al fin?—le preguntaron.

—Sí; fui el primer caso de cólera cuando la peste del 86.

Así, á nosotros, ya que necesitábamos algo que metiera ruido, nos lo dió por la cabeza.

La verdad es que hace tiempo no veíamos caer granizo tan abundante; también es verdad que ya nos íbamos acostumbrando á la escasez en todo.

Peró con esto nos resarcimos.

Guardia civil hubo que quedó convertido en un sorbete con morrion.

Y al otro día, así, con las calles alfombradas de nieve, cualquiera podía hacerse la ilusión de que estaba en Rusia asistiendo á las fiestas de la coronación del Czar.

No faltaban más que la coronación, las fiestas y el Czar.

Claro que para gentes como las que esta tierra habitan, no acostumbradas á tales bromas atmosféricas, la cosa pasaba de castaño oscuro.

Y gallego hubo que llegó desolado á su destino, y diciendo:

—¡Siempre ¡jua! Que me han de ajarrar todos á mí para la butifarral...

—Peró ¿qué le pasa á usted? le preguntaban.

—Pues! Que me han ajarrado á pedradas lus sa...us!

Naturalmente, la cosa dió que hablar á cuanto bicho tiene lengua.

—Para granizada, la que me cayó á mí el año sesenta y cuatro,—declame un señor que tiene cinco hijos y una verruga en el pescuezo.

—¿Si? Cosas del invierno.

—No, hombre; de la Primavera; eso sale en primavera.

—¿En primavera? Mire señor, vamos despacio. ¿De qué habla usted?

—De cerca de setenta y dos granos que me devoraron las carretillas, al salirme la barba. ¡Aquella sí fué granizada!

Peró las consecuencias de ésta fueron tremendas. El número de perros resfriados que apareció al día siguiente, no es para decirlo; los gatos declararon en asamblea general perdida la noche por completo, y hubo quien pensó formalmente en aclimatar un oso polar como curiosidad.

En las casas pasaron apuros crueles las gentes timoratas.

—Que venga usted á ayudarme,—gritaba llamando á la puerta de un vecino don Bernardo López, de mi relación.—Que venga usted á ayudarme, que tengo á mi mujer cristalizada y se me ha reventado la perra de una caída al patio!

—¿Eh? contestaba el otro.

—Que tengo á mi mujer cristalizada y se me va á romper de un momento á otro.

—¿Cómo es eso?

—Sí, hombre; si parece un iceberg con pelos crespos.

—No entiendo!

—Que está helada.

—Pues caliéntela usted.

—No puede ser; está muy frágil.

—Peró si siempre ha sido así!

Mientras tanto el frío arreciaba, con tanto caer nieve, y en la casa del lado oía decir á otro vecino que posee una sirvienta vieja y gallega.

—Vamos, mujer! Pronto la otra manta, que estoy dando diente con diente!

—¡Ay! ¡Los está dando! Pues deme, señor patrón, uno á mí, que me faltan dos en la quijada de arriba.

Esto por lo que respecta á los que gastan casero ó á los que el casero desgasta; que los que no tienen ese adminículo han recibido el granizo cada cual á su modo.

A uno domiciliado en el tercer banco de la Plaza Independencia, lado Sur, á la derecha, le despertó el guardia civil, diciéndole:

—Eh! Arriba! que le va á cubrir á Vd. la helada.

Y contestó mientras le llevaban:

—Decididamente se hace ya imposible la vida en este país. Cuando iba á cubrirme algo, por fin, (que falta me hacía) me sacan del lecho... Que se embrome Julio Herrera!

♦♦♦

Se dice que el señor Idiarte Borda, que ejerce actualmente la profesión de Presidente de la República es muy partidario del proyecto de ley de supresión de la defensa libre, y hace esfuerzos porque sea aprobado á todo andar.

Siempre la cuña del mismo palo!

Si se acordara de que en Mercedes, además de canchero, etc., fué procurador y comió algunos pucheros protegido por esa ley de defensa libre que ahora persigue, quizá quizá no fuera tan partidario.

Peró eso es lo que da un pasado molesto á la memoria.

Cualquier día da orden de que se supriman las canchas de pelota.

Por lo mismo.

♦♦♦

Comunican de San José que la seca hace estragos en el ganado.

Vaya; que si sigue Bove dejando á los maragatos secos á disguntos y la seca indigestando á los animales, va á quedar San José convertido apenas un modesto Pepe.

♦♦♦

Según *El Norte* de Rivera, en ocho días los ladrones del Departamento han robado,

á diversas personas, entre otras cosas, cuatro ollas, una cafetera, dos cacerolas y una sartén.

Velay, dirá *La Nación*; y luego grita la oposición que el pueblo se muere de hambre en campaña! Si no tuviera qué comer, ¿había de robar útiles de cocinar?

¡Pues!

♦♦♦

Dice un estadista, en libro recientemente publicado, que el 37 por ciento de las mujeres de París son de vida alegre.

Pues no hay más que enviar aquel país donde tanta gente pasa vida alegre.

En cambio aquí la pasamos rabiando y nadie dice nada.

Quizá esto no les interese á Vds.; pero tenía que concluir con algo alegre, y nada mejor que una estadística de la gente que vive alegremente.

Me parece á mí.

NEMO.

Los primeros calzones

(Fragmento de una carta á mi querido amigo A. J.)

No negaré que la razón te sobra para quejarte de tu mala estrella; que la mujer, al fin, ahora se cobra de cuanto alegre te burlabas de ella.

Peró será forzoso consideres que la pluralidad de las mujeres no deberá pagar, porque liviana la que debió ser pez saliese rana.

Conserva en un rincón de tu memoria para gobierno, la siguiente historia, que de niño mi abuela me narraba al amor de la candela.

Después del lance aquel de la manzana, al coquetón Adán, una mañana de una oreja, que quiso que no quiso, un angel arrojó del Paraíso; (que fue Adán el primero que sufrió el despotismo del casero).

El de muy mal humor, Eva llorando, salieron juntos del Eden, buscando un mozo de cordel ó algún bagaje con qué poder mudar el equipaje; más no lo hallaron, y la suerte fiera les obligó á marchar á la ligera.

Ya en la nueva morada establecidos, después de las tarjetas y cumplidos que para casos tales la sociedad prescribe á los mortales, el pobre matrimonio ex-inocente daba diente con diente; pues avezados al estío eterno, de repente cogióles el invierno, teniendo por abrigo y cobrera ella pámpanos, y él hojas de higuera, y la esperanza de coger un día alguna fulminante pulmonía.

Contra tal situación, Eva traviesa pensó dar al esposo una sorpresa, y listo el buen Adán como la ardilla calculó sorprender á su costilla con dos pieles de cabra.

Eva, en secreto, sin chistar palabra, se entretuvo en hacer unos calzones con trabillas, ojales y botones, y trinchá, y faltriquera... en fin, unos calzones... de primera.

El, con igual intento, sacrificando un misero jumento, confeccionó del cuero á la consorte un tonelete de ingenioso corte.

Donáronse á la vez ambos presentés y se hallaron vestidos tan decentes, tan bellos y elegantes que se gustaban mucho más que antes.

Más, como estaba escrito que purgarian su fatal delito, les lastimaban tanto las costuras que pasó cada cual mil amargas; (de aquí nace un proverbio muy sabido que me callo en honor al buen sentido).

Muchos años corrieron; con el uso, á vestir ambos se hicieron, trocando por delicias y contento el objeto anterior de su tormento.

Peró como sabemos que no dura mucho tiempo el dolor ni la ventura,

y desde aquella madre estrafalaria
 fué siempre la mujer parte contraria,
 á fuerza de mirar á su marido
 le cautivó el vestido
 tanto, que se propuso á toda costa
 quitarle los calzones por la posta.
 Y poniendo en tortura su talento,
 un día que su esposo muy contento
 sin cuidarse gran cosa del decoro
 se encontraba entre Pinto y Valdemoro,
 logró atraparlos, y á pesar del susto,
 el pantalón halló tan de su gustp,
 que desde aquella fecha, los usaba
 quien de los dos más listo madrugaba,
 sosteniendo con mutuos mojicones
 cada cual su derecho á los calzones.

Un día, martes era,
 armaron tan terrible pelotera,
 que el Supremo Hacedor incomodado
 cou un querube les mandó un recado.

—Eva rebelde, que la guerra fraguas
 sin mirar de tu sexo la flaqueza,
 eternamente gastarás enaguas,
 condenada á vestir por la cabeza:
 y legue Adan á mi generaciones
 como señal de mando sus calzones.

Y saludando el angel tomó vuelo
 y en dos minutos se plantó en el cielo.

Gozoso quedó Adan con tal mensaje;
 y Eva, con gran coraje,
 al reparar el gesto de alegría
 con que Adan el mandato recibía,
 dijo entre dientes:—Ríete, bendito,
 que como te descuides, ¡te los quito!

Y hay desde entonces Adanes
 á quienes la maldita
 tras múltiples afanes,
 se los quita, querido, se los quita!

SALVADOR PÉREZ MONTOTO.



Para *Ellas*



Vaya; héme aquí otra vez, lo cual no dejará, me lo figuro, de ser desagradable para ustedes, despues de acostumbradas á la compañía de Luisa, de quien, sin lugar á la menor duda, se han hecho ustedes decididas amigas.

¡Simpática, Luisa, verdad?

Les había dicho ya que era una preciosa novelita...

Y apuesto á que todos están conformes despues de haberla leído. Sobre todo, está lejos, bien lejos de esos horrores de la escuela que llaman naturalista, y de ese oso de Zola... discúlpenme si me pongo nerviosa, pero nos han contado tantas cosas de él, que yo le considero un monstruo, un... ríñoceronte; sí, ni más ni menos.

Yo le encuentro hasta la cara canallesca; no sé si será

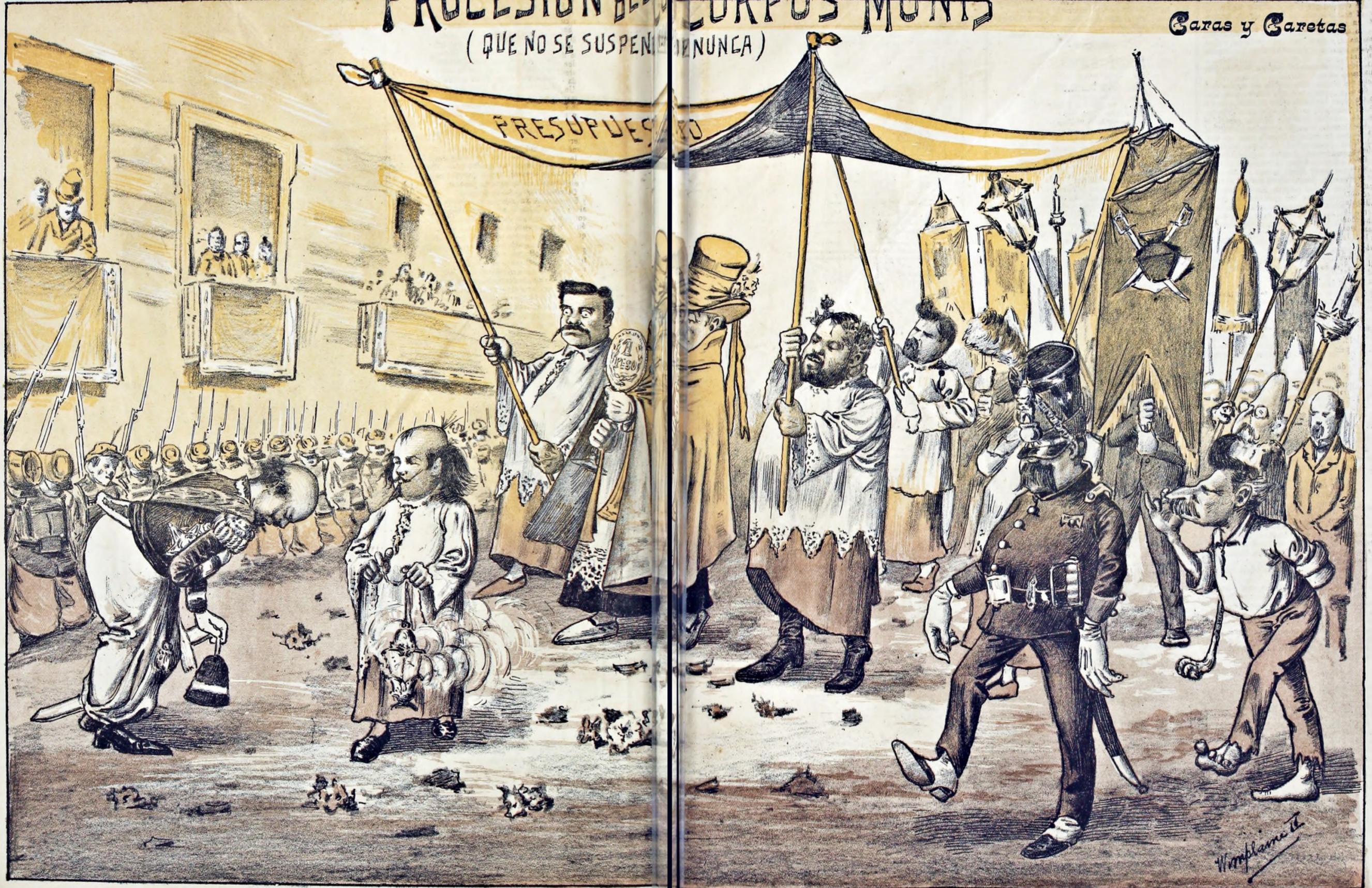
Niña de Furest—Simbolizando «El Telégrafo Marítimo»

Fitz Patrick

PROCESION DEL CORPUS MONIS

(QUE NO SE SUSPENDE NUNCA)

Caras y Caretas



De ser muy fieles han hecho votos
á esa reliquia que dá el turrón;
por eso cuenta tantos devotos
y es formidable la procesión.

El peso so-
para ellos sac-
y culto rinit-
que buena sea-

na que del tesoro
saliendo va,
Dios del oro
tiempo ha les da.

No hay ante el peso quien fuerte pise,
pues por él, (justa es su devoción)
comen á diario; como quien dice,
hacen, día á día, la comunión.

Wimpelmeier

aprensión, pero lo aborrezco. Pobre hombre! si se figurará él... Dicen que es un excelente esposo... ¡parece mental! Siempre me lo figuré un hombre terrible. ¡Lo que es la ideal!

La verdad es que no es simpático; y cuidado que dicen que en el retrato que publicó CARAS Y CARETAS estaba igualito y de allí saco yo mis impresiones.

También... miren ustedes que los literatos tienen ahora unas caras.

Antes sí, los poetas eran jóvenes de melena larga y rubia, muy románticos y muy interesantes. Una leía aquellas cosas tan lindas sobre el amor, siempre bajo el cielo estrellado; se figuraba al autor delgado, elegante, de cabellos rizados y mirada genial; le mostraban el retrato, y ¡justo! aparecían Lamartine, el poético autor de *Rafael* y *Graziella*, con su aire altivo, su pelo rizado echado adelante, sobre las sienes, ó Chateaubriand, siempre negligentemente despeinado la cabellera sobre su frente soñadora, ó Gæthe, con aquel perfil divino, sereno y puro como el de un dios griego, porque dicen que era el hombre más hermoso de su tiempo. En fin, que daba gusto leer aquellas obras tan sentimentales que á veces, cuando moría el personaje, lloraba una hasta dos días, como si fuera su novio, daba gusto, decía, leer aquellas obras escritas por poetas tan simpáticos é interesantes.

Pero ahora, lee uno *El ensueño* de Zola, que es lo que una señora puede leer de él, digan lo que digan los literatos, y después se encuentra con que el autor tiene la cara de cualquier comerciante francés.

Y, es claro, se desencanta. La verdad es que ahora, todos tienen una cara cualquiera. Daudet sí, es un hermoso tipo de melena larga y barba como la de Jesús; lástima que que sea tan miope: eso lo desfigura.

Pero Galdos, por ejemplo, el autor de cosas tan bellas como *Marianela*, que es una monada, ¡ay! es feo, feo, ¡si lo vieran! (Me tranquiliza la idea de que él no ha de leer esto, porque si lo leyera ¡Dios mio!)

Pues, sí, Galdos es feo; los ojos chiquitos, el bigote caído, el pelo escaso sobre las orejas. Desencanta, de veras.

¡Qué les digo de D'Amicis, el que escribió las preciosas páginas de *Cuore*! Si es gordo, gordo como un salchichero, ni más ni menos, sin exagerar. Parece mentira!

Pues, y Onhet.... Pero ¿á dónde voy yo, Dios mio? ¡Sin querer sin querer, me he ido por los cerros de Ubeda, hablando de cosas que ni pensaba.

Al fin, todo es charlar; yo no sé hacer otra cosa....

Es desesperantel

Yo no sé cómo salir del paso, muchas veces. Figúrense ustedes que el acontecimiento de la semana ha sido el casamiento de Maria Luisa Caymarí, y en mi crónica social no puedo yo hablar de él, porque, ¡malditos diarios! ya han dicho todo cuato hay que decir.

¡Ah! y qué regalos, Jesús me valga! Casi casi la han obsequiado con una joyería.

Apuesto á que si esto continúa así, van á multiplicarse los casamientos de un modo asombroso. ¡tantos jóvenes hay en estado de casarse y de enriquecerse!

La señora Caymarí de Azeredo (suena raro, eh?) y su esposo partirán en breve para Roma.

Por algo dicen que *por todas partes se va á Roma*, Pero qué lindo es ir como Maria Luisa, por el camino de la vicaría, ¿verdad?

No dirán ustedes que no he cumplido dignamente mi promesa.

La *chiquilina* de Furest (esto de fijo no solo perdona ella) ha salido cuidadita, admirablemente arreglada por el gran Fitz Patrick y esmeradísimo dibujada; si al imprimirse, el éxito no responde (porque vamos, que es insegura la litografía) no será por falta de buena voluntad.

La segunda de la série, previa alternativa que tomará Maria Luisa Ramirez (precioso retrato de Chute y Brooks), será Faustinita Garcia Gomez en traje de *Maria Antonieta*.

Y vuelvo á repetir que yo mamá (¡quien me viera!) que yo mamá de las niñas que representaron la Prensa en la *Kermesse* del Ateneo, no dejaba incompleta la galería por falta de retratos.

¿Han oiiiido?

¡Ah!
Esta es gorda.
Pedro Martí, conocido de todos ustedes tanto como su vals *Remember* y su lindo *Schottis*, piezas obliga-

das en todo baile de buen tono, nos ha prometido un vals espresamente escrito para *Caras y Caretas*.

Y quizá, quizá, para el número que viene. Conque ¿hay quien pida mas?

ALINA DORÉ.

EPÍGRAMAS

A mi amigo Blas Garcia dijo un día su mujer:
—¡No sé lo que vas á hacer si yo te falto algún día!
Mal lo debió interpretar, pues respondió el muy camueso:
—Si me llegas á faltar.... te voy á romper un hueso.

LUIS LÓPEZ.

Mi vecina la ministra estaba anoche en la ópera hablando y riendo mucho y escotada.... como pocas. Y me dijo una abonada:
—¿Ha visto usted qué señora? Cuando se presenta en público no sabe guardar las formas.

RICARDO SEPÚLVEDA.

TEATROS



Por lo visto, Crodara y Carbone son los hombres que más miedo tienen en Montevideo al encierro. Porque se desviven porque Solís siga abierto.

Apenas han tenido tiempo los porteros de fumar un cigarro desde que se fué Tomba, y ya está aquí Pastor con Juárez, la Pastor, Seva, Lozoya y demás cabezas de su ganado artintico.

Claro es que no hemos de decir á ustedes nada de nuevo sobre ellos desde que apenas hace dos meses que se marcharon.

Que lo hacen bien, y que se pasa el rato, y que se rie uno con Juárez y que se entusiasma á veces con la Pastor, eso por sabido se calla.

Y me calló.
Pero conste que es cosa de ir á Solís.

Ferrari ha abierto ya su abono. Su gusto, su cuidado en la formación de conjuntos completos, su capital en trajes y decoraciones, su tradición, su palabra, nos prometen una gran temporada.

Viene Tamagno, el gran Tamagno, el gigante lírico, el coloso de las corcheas vocales, el famoso Tamagno, que cantará *Aida* (¡qué *Aida* será aquella!) *El Profeta* (¡qué *Profeta*!) y *Otello* (¡qué *Otello*!).

Viene la Darclée, el hada de la voz, á crear la *idem* de la prensa europea; debía venir la Gini Pizzorni, aquella de los acentos trágicos de su gran *Gioconda*, que aún palpitan en el oído, magníficos y arrebatadores, al sonido de su nombre; pero no viene, ¡es lástima! En fin, será la Gilboni.—Viene Ercolani, viene Cámera, viene Mascheroni.

¿Qué falta? Apenas De Lucia.
¡Y vaya un apenas!

¡Bien venidos sean los grandes del artel!

RE-BEMOL.

La gracia ajena

El primer hecho de armas, por A. PONS





RETAZO

Dice que guarda Leonor,
sin poder darlo al olvido,
en su pecho mucho amor
á su difunto marido.

Yo, es claro, no he de negarlo
pues bien pronto se concibe,
que mucho debe guardarlo...
cuando nadie lo percibe.

José Rodao.

EN PRETÉRITO PERFECTO



III

Las peleas

Decididamente era una generación belicosa aquella generación de nuestros buenos tiempos de la Plaza Zabala, cuando la paz latorriana (como la llamó en cierto folleto, muy bien escrito, el doctor Giménez), (1) cuando la paz latorriana seguía reinando sobre el mundo uruguayo, bajo el paternal gobierno de don Máximo Santos; pues por lo duradera parece que la había asentado bien el terrible dictador, sin necesidad de subir, eual nuevo Octavio, las gradas del Capitolio para cerrar el templo de Jano; que para ella le bastó con cerrar la boca á todos los que pudieran hacer uso de ella, y aún los ojos á no pocos de los más recalcitrantes.

Decididamente era una generación belicosa la de aquel entonces; verdad es que el pueblo en general era menos pacífico que hoy en día; aún no estaba del todo olvidado el recuerdo de los días de revuelta, ni tan decaída la esperanza de regeneración por las armas, que debía apagarse en el Quebracho.

Para no pecar de cortos al fin nos hemos hecho mansos y así anda todo.

Pero antes ¡siempre el melancólico antes! aún sin ir más lejos de lo que nos lo permiten la memoria y la edad—hará cosa de diez ó doce años,—estaban las peleas entre muchachos á la orden del día, y no era menester grandes ofensas para que se pelearan; lo hacían á veces hasta por gusto. (Y ya era un gusto curioso, aunque no haya sobre ellos nada escrito).

Hoy todo eso ha pasado de moda, como los cigarrillos Ferriolo, con la primera sin tocar, la bolita y el trompo; dentro de poco pertenecerán á la historia.

Porque, lo cierto es que ahora no pelean los muchachos; y si riñen (que al fin esto de reñir está en la naturaleza, si hemos de creer Hobbes) lo hacen de modo que tales cuestiones están muy lejos, pero mucho, de revestir la importancia que antaño revestieran.

Sin que esto habilite para afirmar que la persecución policial ha enervado y hecho perder los bríos á los bien templados corazones de los dignos pilletes, hay que reconocer que los de la nueva generación son mucho más filósofos que los que hoy ya han pasado, por metamorfosis muy descendente, de la categoría de pilletes á la de compadres, porque,

(1) Padre de un servidor de ustedes, aunque sea fee el decirlo después del bombito al folleto.

dejando á un lado, muy prudentemente, ideas exageradas sobre el honor y susceptibilidades nerviosas de amor propio, demuestran conocer mejor el verdadero modo de aplicar este último bien entendido, evitando que por un dicho más ó menos sufran sus personas algún desperfecto de los que muy a menudo producían los puñetazos en tan fieros cuanto gloriosos lances recibidos.

Eran temibles tiempos aquellos para los pusilánimes y seres muy cuidadosos de la integridad de su físico. Las peleas se sucedían entonces con alarmante continuidad.

Primeramente habían dado origen á ellas, en no escaso número, las distinciones entre blancos y colorados; el mal ejemplo fructificaba y la guerra civil había de tener su simulacro y los viejos caudillos de pie desnudo y recio brazo su caricatura; estas peleas, en razón de verificarse provocadas por una causa general, solían degenerar en verdaderas batallas, pues una vez entrados en calor los duelistas se contagiaba el entusiasmo á los padrinos y testigos del acto, que á su vez la emprendían á puñetazos entre sí. En aquel tiempo era comprometedor el cargo de padrino en lances de honor.

Hoy, en cambio, no lo es ni el de duelista. Dando vueltas el mundo, con los pilletes encima, como es muy natural, empezó á amortiguarse el entusiasmo partidista provocado por los relatos de las contiendas civiles; la tradición fué desvaneciéndose en la memoria de los muchachos, y los de la nueva generación quizá no sabían que hubiera existido Aparicio.

Entonces empezó á oírse hablar de los barrios; los barrios eran agrupaciones compuestas de cierto número de honestos ciudadanos pertenecientes al digno gremio de pilletes niños que delegaban la soberanía en un presidente, por lo general pillete veterano con uno que otro diente de menos.

Eran los más conocidos el barrio Capurro, el de Gounouilhou, el del Cerro, y algunos otros de menor importancia, generalmente constituidos por grupos disidentes, escisiones de los barrios grandes, que provocaban los pilletes ambiciosos, faltos de puesto espectable en aquéllos, por desconocimiento vil [de sus merecimientos; los barrios solían tener sus canciones, Marsellesa de algún Rouget de l'Isle incógnito, y estuvo en boga esta, que los muchachos canturreaban con aire desenfadado y provocativo:

Ahora sí que estamos frescos
que viene la Primavera,
y viva el barrio Capurro
y muera el de Ciudadela!
Quien no sea de este barrio
que se arregle como pueda;
los cañones son de bronce
y las balas de madera.

La rivalidad de los barrios dió origen á innumerables peleas, y la muralla siguió sirviéndoles de teatro. Quien no recuerda la famosa muralla, la que viera no menos combates heroicos que las archaicosimos de Troya; la muralla, aquellos alrededores del Templo Inglés, lugar donde probaron su valor en singulares combates tantos Hectores y Aquiles de tirador de orillo y calzones remendados!

Solo en los últimos tiempos, cuando los pilletes ya algo degradados empezaron á encontrar largo el camino y demasiado solitario el sitio para poder esperar ayuda policial en los casos apurados, perdió la muralla su importancia, abandonada por la calle Paraná, la triste y fría calle Paraná.

La rivalidades entre barrios, sin embargo, provocaban más á menudo guerrillas que peleas aisladas; el valor colectivo apagaba en estos lances el brillo del nunca desmentido valor individual, y despues de una guerrilla de importancia se hablaba mucho, relatando detalles (excepción hecha de la rotura de vidrios ajenos de que nunca se habló) y criticando las disposiciones especiales adoptadas por cada uno de los bandos enemigos; los de Capurro, que, con el brazo estendido, esperaban la orden del presidente para lanzar la piedra todos á un mismo tiempo, como una descarga cerrada; los del Cerro, temidos porque, según dicesen, combatían á caballo, nuevos centauros de la gaminería, y mil otras costumbres características de cada agrupación.

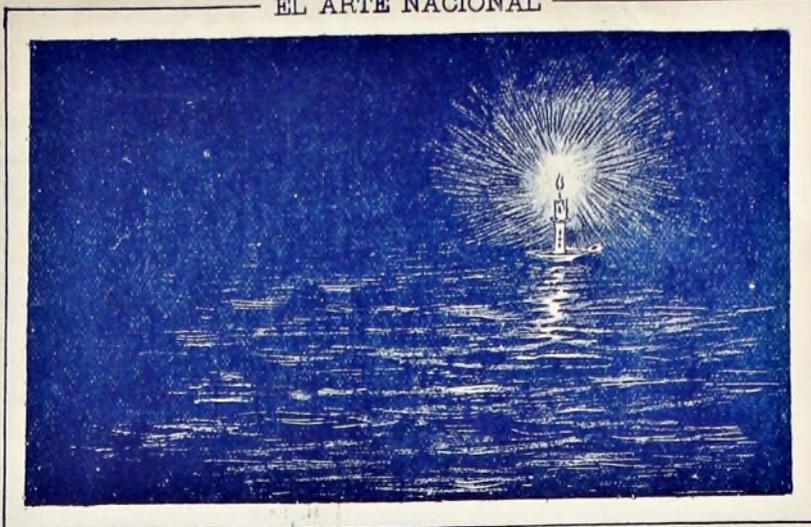
También los colegios rivales, rivales porque sí, por espíritu de cuerpo, tenían sus luchas; y se recordarán siempre los legendarios choques que pusieron frente á frente tantas veces al Colegio Modelo, al famoso colegio de don Manuel Gómez Remesar, y al de don José María Cordero; choques (dignos de los inolvidables tiempos de la andante caballería), en los cuales salían al centro los campeones, nombrados por cada colegio, á recoger por todos el guante y dejar bien puesto el honor de todos, y mal puesto algún ojo victima al contrario.

Modernos Horacios y Curiaios, solían los campeones pagar muy cara su gloria de valientes; nunca advirtieron ellos esto. ¡Ceguera del heroísmo!...

Pero, no obstante la solemnidad que revestían estos actos en que dos filas adversarias se batían,

Museo cómico de «Caras y Caretas»

EL ARTE NACIONAL



DIÓGENES HEQUET—Efecto de una vela en alta mar
(Vulgarmente conocido por CRISTO SOBRE LAS AGUAS)

emocionadas como, bajo el gran dosel de la inmensidad celeste se golpeaban las narices dos valientes, suma del valor indiscutible de todos; no obstante esto, para mí, al menos, siempre fueron más interesantes las peleas propiamente dichas; las de *hombre a hombre*, como decían formalmente los combatientes anticipándose al tiempo, que debía hacerlos hombres no pocos años más tarde.

Para provocarlas, ¡bien haya la buena voluntad! no se necesitaban tan poderosos motivos como la afiliación á distintos barrios.

La entrada de un nuevo alumno al colegio prometía casi siempre una pelea. (Los pilluelos han asistido siempre más ó menos tiempo á alguna escuela del Estado.)

El ingreso del nuevo alumno se comunicaba al tigre del colegio, al guapo patentado, en esta forma: —Ché vos! Dice el nuevo que te pelea.

Tal noticia era recibida algunas veces con cierta inquietud, porque solían entrar nuevos de cara feroz y pelos erizados; y el tigre respondía, no muy seguro de su voz, por lo menos, mirando recelosamente al muchacho, las más de las veces perfectamente ajeno á la provocación que en su nombre se hacía.

—Sí... ¡Quién sabe! ¡Qué va á hacer!

Otras, cuando el aspecto del nuevo no era bastante á inspirar desconfianzas, se concertaba inmediatamente la pelea con formalidades y fórmulas que se hicieron clásicas.

—¿Ché, vos dijistes que me peliabas? preguntaba con aire resuelto el guapo.

—¡Yol! ¿Y quién dice? contestaba el desdichado nuevo, atontado todavía en aquel centro-extraño donde le había echado de repente y donde por todo recibimiento se le presentaba un lío peligroso.

—Sí, sí. Dice el Chato.

El Chato, cinico por lo general, miraba con desparpajo á la inocente víctima de su mentira.

—Yo no dije nada, balbuceaba ésta.

Entonces el provocador envalentonado con las prudentes evasivas del otro, le decía acercando impertinentemente su cara á la cara del pacífico.

—¡Avisá! ¿Querés algo?

—¡Y qué! ¡Si, quiero! concluía por decir resueltamente el nuevo, ya escamado—¿Qué vas á hacer?

—Mucho. Vas á salir con la trompa hinchada!

—Sí... puede ser; pero vos vas á probar castañitos.

—Bueno. Luego, en la muralla, gritaban en coro los testigos, haciéndoseles la boca agua ante la visión de unas narices aplastadas.

—En la muralla. Va á chupar piñas ese, murmuraban ambos desafiados apartándose cada uno con su grupo.

Y, á la salida, allá iban todos al sitio designado para el encuentro; casi silenciosos los duelistas, (los momentos solemnes y las narices amenazadas predisponen á la meditación) y enumerando los otros las probabilidades de triunfo de cada uno de los combatientes.

Una vez en el terreno, se tomaban las disposiciones de seguridad, y voces imperiosas impartían órdenes.

—Bueno—Vos, Rubio, ponete ahí pa avisar si viene el celador.

—Vos allí bombeá al otro.

Y los demás formaban círculo en torno de los duelistas, ya frente á frente, cerrando ambos los puños á su manera, porque los buenos pilletes, de puro mañosos, inventaron las más extravagantes formas de mano cerrada que darse puede: algunos con los dedos artísticamente escalonados buscando el mayor número de ángulos; otro con el pulgar encerrado por los demás dedos; los más con el dedo mayor sobresaliendo... ¡la mar!

Entonces empezaban las dilaciones, interminables cuando el valor de ambos estaba algo decaído ante la perspectiva de una docena de puñetazos.

—Bueno; ¿vos eras el que decías que me ibas á hincar la jeta?

—¡Dije, sí! ¿Y qué hay?

—Bueno; hinchala ahora.

—¿Y qué no?

—¿A ver? Tené, tené, decía el otro alargando por detras la gorra á alguno de los testigos, sin separar la vista del contrario—¿A ver? Pegá!

Este sí que era punto de difícil solución. Sin embargo, ¿qué cosa más sencilla que pegar puñetazos cuando á uno le ofrecen lugar á propósito con tan evangélica buena y voluntad? Pues ahí verán ustedes.

El otro replicaba, rivalizando en generosidad:

—Pegá vos primero.

—No, pegá vos.

—Vos, que sos tan guapo...

Decididamente, en este punto la intervención de los testigos se imponía, y entonces,

—Que le moje la oreja, indicaba alguno de los del corro.

Este expediente se usaba amenudo para provocar de una vez la indignación del más flojo; venía á ser algo así como las banderillas de fuego que se reciben al toro huido. Uno de los combatientes debía mojar, con el dedo previamente provisto de saliva, la oreja del otro, que entonces no podía ya eludirse de contestar con una bofetada. Otras veces, en caso de muchachos refractarios á esta hidroterapia bélica, se sustituía la mojadura por la pajita; una paja colocada tras de la oreja y que era menester sacar de allí.

Era el recurso extremo, porque había muchachos poco sensibles que se la hacían mojar tres veces, prestando escasez de saliva en el dedo provocador.

Pero era más común (en honor del valor pilleteil sea dicho) que efectuada cualquiera de aquellas formalidades comenzara el combate, que se encargaban de amenazar los concurrentes con exclamaciones alusivas al acto.

—¡Ya estuvo!

—¡Se la mojé! ¡Dale!

—Ah hij'una!... rugía el mojado precipitándose hacia el mojanete.

Y se trenzaban, cogiéndose de los cabellos (escusado es decir que los pelados llevaban ventaja de mala ley) sacudiéndose, golpeándose las narices con el puño cerrado de modo que sobresaliera el dedo del corazón para hacer más eficaz el golpe, mientras los espectadores entusiasmados, gritaban de cuando en cuando:

—¡Oigalé!

—¡Atracale, Farruco!

—¡Zás! ¡Lindo zoquis!

—¡Dale en la ñata!

Solía interrumpir un momento el combate la voz de alguno gritando:

—¡No; patadas no; no vale!

Entonces no se había estrenado aún *Cavallera Rusticana*, pero los muchachos tenían ya la suya para su uso particular. Si el desafío no había sido concertado con puntapiés anexos, darlos era recurso de mala ley y suspendía el lance, que continuaba una vez aclarado el punto, jadeantes las víctimas del honor, entusiastas los demás, hasta que un «¡Ancú, el chiraffe!» pronunciado por el centinela *ad hoc*, daba fin á la lucha, y testigos y combatientes se desbandaban, como pájaros á quienes asusta un disparo, recogiendo á toda prisa los libros y gorras abandonados en el suelo; y echaban á correr mirando hacia atrás en busca de la imágen del guardia civil, tratando de colocarse la boina y evitar que se desplomaran los libros mal apilados bajo el brazo en el apresuramiento de la fuga.

..

Estas escenas no se ven ya, y, dígame lo que se quiera, lo siento de veras. Todas esas cosas que desaparecen dejan en el espíritu cierta tristeza con la idea de que no volverán á verse, y se echan de menos porque pertenecen al pasado y tienen todo el encanto de las cosas viejas.

Pero, hay que confesarlo; degenera la raza del pillete peleador.

El otro día vi un grupito que andaba á buen paso, charlando fuerte, con derroche de ademanos; entre los que lo componían iban dos pensativos.

—¿Aquí? dijeron algunos, deteniéndose en una esquina.

—No; á la muralla, mejor.

—Sí, á la muralla.

¡Una pelea, y en la muralla! Sentí que me oreaban la frente auras frescas que venían de lejos, del pasado, de la infancia alegre; de los tiempos heroicos del muchachaje travieso.

¡Hacia tanto tiempo que no veía yo peleas!

No era cosa de desperdiciar aquel momento en que resucitaban de pronto las escenas que no esperaba ya volver á ver, y seguí al grupo.

En la esquina de la última calle, antes de llegar á la costa, se dividió. Uno de los duelistas ¡bravos muchachos! dijo con recelo:

—Bueno; yo voy por la otra calle pa que no desconfíe el chiraffe.

—No; ¿pa qué? objetaron los demás.

—Es mejor. Pa que no nos meta en la caferola. Allí nos juntamos.

—Bueno; pero pronto.

Y el prudente duelista se separó con dos ó tres acompañantes, mientras el resto del grupo seguía su camino hacia la costa.

A poco llegó el de las precauciones para que no desconfiara el chiraffe.

Y ambos combatientes empezaron la discusión preliminar, que, por cierto, se alargaba más de lo que el decoro lo permitía.

«Que vo fuistes.»—«Andá... No fuistes vo mismo que decías que me habías hinchao la trompa á piñas?»—«Sí, ¿y qué? Con una mano, cuando quieras!»—«Y yo qué dije?»...

—¡Que le moje la oreja! gritaron todos, impacientes.

No se llegó al caso porque el «Guarda!» desbandó el grupo. El celador llegaba á tiempo; ¡demasiado á tiempo!

¡El muy cobardazo del muchacho de las precauciones le había avisado de pasada!

ARTURO GIMÉNEZ PASTOR

Correspondencia Particular

Casamentero—Montevideo—¡Claro! Ese será su oficio y por ello salen tan furiosamente malos sus versos con dispartes intercalados.

Felipe J.—Idem—¡Pero Dios santo! Para cuándo y para quiénes se deja el ostracismo!

J. L.—Id.—El muchacho se da á amar

pero el papá lo contiene

y él se queja sin cesar...

¡Pero todo eso no tiene

nada de particular!

Bertoldo Pérez—Paysandú—Hombre, hombre... Con un poquito más gracia y un poquito menos de sílabas de más, estaba bueno. Pero siga escribiendo; no hay por lo menos peligro inminente de que mate usted á alguno.

Cecilito—San Carlos—

Cecilito, por favor

nunca pulse usted la lira,

que si alguien lo oye, le tira

algún tiro matador.

(Y no es por imitarlo á usted).